



BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

Ideas para una filosofía
de la
historia
de Tortosa



Por
FRANCISCO CLIMENT FERRE

*La literatura es un hecho, que fue precedido y precede
en el primer momento literario concuado en Tortosa
depués de la guerra, el año 1900.
El decir público, la trama que se ve, y que se ve el decir
en la ciudad: como una muestra de un grupo, como una
con las defectos y virtudes de la vida,
y de una manifestación espiritual, de una fe,
en momentos en que nos vemos a veces
de incertidumbre moral y de incertidumbre cultural, y en
de nuestra propia vida.*



*Esto supone una disquisición, una crítica
de la cultura, y de la cultura y de la cultura
que son una única manifestación, una única
que en un momento tan poco trivial y profundo.*

La Historia ya ha mucho que dejó de ser un inanimado ejercicio memoi-
ístico, una summa y esquizofrénica exposición de los hechos, cargada como
en base de sustentación y continuidad, en la sucesión de los tiempos. Renal-
tizable de apolodora estrechez sus limitados cauces y adiestrase con fortuna
en los campos de la ciencia y del arte. La filosofía, esa amplia e ingenua acti-
vidad investigadora del espíritu humano, insaciable y atónita búsqueda de
la verdad, vendida una de sus múltiples bridas y adquirió sus mercedos des-
arrollo que ya puede hoy hablarse de la filosofía histórica. Porque la Historia,
en su constante progresivo caminar, llegó a ser maestra de la vida, y esta
posesión y consiguiente dedicación de las enseñanzas de los preteritos aco-
sidos en orden a la actuación de las posteriores generaciones, ya puede con-
siliarse en el moderno concepto de la Filosofía de la Historia.

La filosofía de la historia de España nació con la aparición de los
más grandes frutos de su rica acervo ideológico, el malogrado Dr. García
Morente, celoso sacerdote y caudillo competencialista.

En sus enseñanzas he intentado basarme, y lo confieso sin rubor, porque
no he pretendido ser un mero plagiarista, sino que he procurado asimilar y
ampliar su clara doctrina aplicada a la historia de nuestra ciudad.

Que el libro sea acabado, no soy yo el que ha de discriminarlo.

Cito, además, la filosofía de la historia de España, porque la de nuestra
Tortosa está indefectiblemente conjugada a la de la nación, por el hecho
inecunado de que con la Madre España formamos un todo indivisible y porque
su vasto suelo fue y será el general escenario de todos sus aconteceres.

Sentimos, como base de partida, la existencia en el hombre, ser racional
y social, entre la diversidad de elementos que lo constituyen, el que lo rela-
ciona con sus semejantes, y este trato y relación con los demás hombres
tiene un marco ensanchado, que es el sueldo de la Patria, y otro más reducido,
el de los ciudadanos coexes, en nuestro caso concreto, la ciudad donde vivimos,
Tortosa.

No es sólo un tópico o lugar común. Todas nuestras actividades en Tor-
tosa se desarrollan y de nuestras actividades y de las de nuestros mayores
recibió y recibe la ciudad su continuidad histórica.

(1) Su libro «El calderero catalán» — su discurso de la apertura del curso académico
1942-43.

De este evidente hecho, que todos conocemos y admitimos, se derivan
nuestro local patriotismo, las obligaciones que para con nuestra ciudad tene-
mos, la normativa influencia que en nuestro modo de ser y obrar ejerce nues-
tra ciudad de hijos de la ciudad de Tortosa.

Lo que para un tortosino consciente no basta, porque hay que añadir
un perfecto conocimiento de la que Tortosa es. En esta, no precisamente en-
marcada en la actualidad del hoy temporal, sino la que Tortosa ha sido. Que
su historia, como toda, se nutre de un pasado, se inspira en su presente y se
enfoca cara un porvenir. Siendo, la tradición, la tradición de estos mutua-
mente complementarios elementos.

Ahora bien, porque rechazamos la concepción materialista de la vida,
hemos de admitir en la historia un elevado carácter de espiritualidad; que
siempre, por encima de las obras de los hombres, salva igualmente el don
imprescriptible de su libertad, actúa, oculta, la mano de Dios, por lo que
hemos de procurar investigar, sobre la mecánica sucesión de los hechos y
la materialidad de sus acontecimientos en diferentes épocas, desentrañando el
último sentido que los informa.

Que es, justamente, lo que se ha venido en llamar la Filosofía de la
Historia.

La Historia, en su moderna perfección, ofrece tres variados aspectos:
a) la situación exacta de los hechos, tarea de científica investigación;
b) la exposición del desarrollo e liación de los mismos entre sí, compe-
tencia artística del narrador; y
c) la extracción de su sentido, la configuración y extracción de su resul-
tante personalidad, labor de la antología filosófica.

Porque a la luz de los hechos ciertos y en vista de su sucesivo desarrollo,
va surgiendo la entidad histórica (nacionalidad, pueblo...) una quasi-perso-
nalidad que la caracteriza y la define específicamente.

Tal mismo, pues, de Filosofía de la Historia de Tortosa será el afán de
perfilar y situar esa personalidad que la caracteriza y cuya biografía (siguen-
do el «sui») es su Historia.

Una ciudad que vive con nosotros y que antes vivió también con los que
nos precedieron.

Y volviendo al punto de partida. Estamos vinculados a los demás torto-
sinos, a los con quienes actualmente convivimos y a los que nos precedieron
en el correr de los siglos.

Indistintamente con estos, con aquellos absoluta y plenamente en tareas
de mutua correlación, todos, unos y otros, formamos el sujeto, siempre reno-
vado, inmutable siempre, de la actividad histórica de la ciudad.

Al buscar, pues, la definición que mejor cuadre a nuestra Historia, hay
que ir por un concepto que no quiebre esta indisoluble vinculación; más aún,
que no la limite a una época determinada de posibles esplendores más acen-
tuados, sino que abarque la totalidad de su correr histórico, sin olvidar la
proyección hacia un futuro que nosotros no alcanzaremos, pero que los im-
previsibles designios del Cielo pueden prolongar mucho más tiempo.

Hay que buscar algo así como la finalidad de la vida de una persona,
como la tarea o empresa que aglutina las actividades de todas las épocas de
la Historia y que sea como el norte y guía de todo su hacer.

Y que cruce, por ende, con el pasado, para ponerse en el presente,
encarado con el porvenir.

Concretando, pues, situando debidamente delimitada y conterminada esta

personalidad, habremos hallado la materia prima que debe informar el
estudio y conocimiento de la Filosofía de su Historia.

Y vamos a seguir la infranqueable conexión con la Madre Patria.

La hisonimia, el aire familiar deben ser los mismos, bien que algún rasgo
característico nos diferencie y nos de una particular entonación.

Y para la personalización de la Historia de España sedita la competente
autoridad del mencionado García Morente como sigue exponiendo en la es-
pial, cuanto se expresa en el moderno y sustantivo vocablo de «Hispanidad».

Hispanidad que, hecha símbolo e idea, es, por una parte, la eterna con-
cepción hispánica de la vida, informada de honda espíritu religioso, y por otra
la vocación del exterior; con más énfasis evangelizadoras que de conquista; y
hecho carne y hueso en el arquero del hombre español, puede naturalmente
representarse en la espiritualidad del «caballero cristiano». Con cuanto la
caballería tenía de caballerosidad en el héroe cervantino y con cuanto tenían
los órdenes agnoscidos por la Iglesia de religión.

Y es que lo religioso destaca con fulgores propios en la Historia de Es-
paña. Religiosidad que no pugna con la idea de Patria terrenal y el servicio
de la autoridades temporales. Ya se veía la distinción que la divina sabiduría
estableció de la concomitancia de los poderes y que se narra en que siempre
se basó la cristiandad para vivir sobre clase de fricciones: «Dad al César lo
que es del César y a Dios lo que es de Dios».

Por otra parte, es doctrina también de la propia Historia que jamás la
Patria alcanzó más rutilantes esplendores como cuando remataba las empen-
duras de sus juveniles espadas y coronaba los estandartes de sus legiones
siempre victoriosas, una cruz.

No voy a hacer un rebuscado juego de palabras sacando a colación un
nuevo término: «Tertotalidad»; pero sí la idea madre que de él se deriva.

Sin un tan draso cometido como aquella, con más modestas pretensiones
y sin renegar de su genuina procedencia.

Nación de grandes destinos la que engendró la «Hispanidad», grandes
son también los de nuestra ciudad de Tortosa.

Como parte integrante de aquel todo —hija de la Patria, como las
demás por su sueldo española— y por aquellas particulares características
que le dan un modo de ser privativo.

No menciona la obra cumbre de nuestra Historia —auténtica en su
avance descriptivo— porque aún está en vías de publicación. Pero un vistazo
a los «Anales del Dr. O'Callaghan nos hará ver en todos y cada uno de aque-
los relatos, plenos de luz y de gloria que traza nuestra propia historia, lo
emparejado que siempre anduvieron la más profunda religiosidad y los
esplendores de la vida de la población.

Los mismos párrafos folclóricos, los «Espurs de la llare» no pueden por
menos que expresar con renovada frecuencia ese fondo espíritu que matiza
de cristianas intuidades, en la amplia y variada gama de manifestaciones del
sentir religioso, toda la enramadura de nuestro pasado patrio.

Insustituible fustón la del espíritu de raza con el sentimiento de religión,
desde que la prendiera en nuestro suelo la predicación jerosolimitana.

Sin adentrarme en el corte serrado de la depravada investigación, pero
creyendo no apartarme excesivamente de la verdad histórica, voy a resumir
en breve síntesis el proceso evolutivo de su formación.

Un período, un largo período, de preparación. Desde el ocaso del romano

imperio, pasando por la época visigótica y la dominación de los árabes, con
el inicio de la patria reconquista, hasta período de lucha de asimilación entre
los elementos dispersos, provenientes de las diversas ocupaciones, y los ele-
mentos nativos, hasta desembocar en la integración de la base solariega, del
terracno del pueblo típica y genuinamente tortosino, en la amplia comunidad
del pueblo español.

A comienzos —años y más años— destacó la soberana influencia del cris-
tianismo que, sobre la idealidad de sentimientos, fundiendo en ramas de
una sola religión, y en uno lugar patito los anhelos del pueblo, contra el
cruel enemigo corporal y espiritual.

Y fue entonces cuando la personalidad de Tortosa, recién espigada,
tras laboriosa gestación, en este su grandioso dual compendio, recibió el espal-
dazo del Cielo, que, en un orden de contenido, eminentemente histórico
—tal lo achacamos de verificación— la incorporaba a la nacional misión de la
«Hispanidad», confiriéndole, al propio tiempo, una específica distinción de
carácter y saber estrictamente local.

Fue un suceso memorable, que los ángeles contemplaban con asombro
y al que dieron todo el valor de su alto testimonio dos de los apóstoles más
encomendados.

La propia Virgen, descendiendo de su solio del Empíreo, quiso mostrar el
agrado con que aceptaba la fe y vida el ser y obrar de Tortosa, confirman-
doles con la celestial preste del sagrado Cíngulo de que iba vestida, y los
dió en el vanto de granada poder caber en la religión y en lo histórico.

Este es, a mi modesto entender, el hecho base que consernece y da sus
acabados perfiles a nuestra personalidad, sobre el que debe girar en lo que
del genérico concepto de «Hispanidad» tiene, nuestra específica valiente
de «Tertotalidad».

Porque todos los requisitos sinceramente expresados se cumplen en el
verbo de todos los hechos de nuestra historia, al que se encamaban cuantos
lo precedieron y de cuya plenitud recibieron los que le habrán de seguir en
los tiempos, constituye un magnífico entrosque con el pasado y una luminosa
proyección frente al porvenir.

Y porque de él floren sabias y valiosas enseñanzas que orienten nuestro
modo de ser y de actuar para lo sucesivo en concordante conformidad con
la línea histórica que nos traza nuestro mayor y de que dan fe los
recargados anales de nuestro pueblo.

Una personalidad que se dibuja y consolida en el correr de las épocas,
para que las subsecuentes heban de sus años, demanda continuidad y fide-
lidad a la pista trazada.

La Historia no se puede desvirtuar en la materialidad de los hechos ya
conocidos. Pero puede, una generación, ser infiel y traicionar a su pasado y
al cometido de su misión de sus deberes.

Con una pélgona y sávida jerarquía de la de la veneta Grecia, que se ataca
en su progresiva marcha ascendente y fue absorbida por Roma.

Y con la no menos pélgona y aristocrática reedición, la de la absoluta
marcha atrás y el cumplimiento completo con la Tradición.

Tradición no es un cerril, porque vacuamente en la obra maestra
de las grandezas de un pueblo. Es evolución sobre una base inmutable, es
mudar permeando o persistir cambiando. Para su mejor inteligencia hay
que tener en cuenta el desdoblamiento de la personalidad histórica en dos
actuaciones: una permanente, que infunde la savia de su eterna vitalidad; y
otra temporal, accidental, acomodada a las exigencias de las varias circun-

tancias que en cada caso pueden concurrir. De la armónica confluencia de
estrambis floce suavemente el curso sosegado y tranquilo de la Historia y
las múltiples fuerzas que en cada ocasión puede tender su única e ínti-
mamente personalidad.

Como corolario de cuanto expuesto queda, se sigue que:
Misión nuestra es, la de la generación actual, según el axiomático «util
valúan quin precegnium», para amar verdaderamente a nuestro pueblo,
al que debemos amar cual se ama a la madre, conocer a fondo la íntima
esencia, el más hondo sentido que entraña nuestra Historia.

Además, una de nuestras primeras obligaciones es ser fieles a su alto
cometido, que hemos de fomentar aplicando a los momentos presentes las
enseñanzas que de su esplendoroso pasado, gloriosa herencia de nuestros
mayores, se derivan. Y una de estas enseñanzas es que nuestra Historia se
consistió del brazo de la Religión, Y aliada, fundida con ella, adquirió esa
relevante personalidad a cuyo rápido bosquejo acabamos de asistir.

Finalm, para terminar, no es plus de falta modestia, sino por noble afán
de justificación, en que no intento, si puedo, más que exponer algunas ideas
sacadas, divergencias desdobladas sobre un tema cuya objetiva belleza me
cautiva.

Mucho resta aún por escribir sobre tan sugestiva materia, cuya virginidad
agrade mucho de crear. Desde la grata cuanto osada tarea para pluma mujer
cautiva, movidas por una inspiración más profunda y un más sólido saber.

Sin embargo, al volver, pues, la que he hecho, sin saber si acerté con la
sentencia, puede que entre la buena similitud, si alguna hubiera, haya lanzado
otras, muchas más, muchas o imprecisas, cuando no perniciosa.

En descargo del posible error, valga la buena voluntad que puso en mi

tancias que en cada caso pueden concurrir. De la armónica confluencia de
estrambis floce suavemente el curso sosegado y tranquilo de la Historia y
las múltiples fuerzas que en cada ocasión puede tender su única e ínti-
mamente personalidad.

Como corolario de cuanto expuesto queda, se sigue que:
Misión nuestra es, la de la generación actual, según el axiomático «util
valúan quin precegnium», para amar verdaderamente a nuestro pueblo,
al que debemos amar cual se ama a la madre, conocer a fondo la íntima
esencia, el más hondo sentido que entraña nuestra Historia.

Además, una de nuestras primeras obligaciones es ser fieles a su alto
cometido, que hemos de fomentar aplicando a los momentos presentes las
enseñanzas que de su esplendoroso pasado, gloriosa herencia de nuestros
mayores, se derivan. Y una de estas enseñanzas es que nuestra Historia se
consistió del brazo de la Religión, Y aliada, fundida con ella, adquirió esa
relevante personalidad a cuyo rápido bosquejo acabamos de asistir.

Finalm, para terminar, no es plus de falta modestia, sino por noble afán
de justificación, en que no intento, si puedo, más que exponer algunas ideas
sacadas, divergencias desdobladas sobre un tema cuya objetiva belleza me
cautiva.

Mucho resta aún por escribir sobre tan sugestiva materia, cuya virginidad
agrade mucho de crear. Desde la grata cuanto osada tarea para pluma mujer
cautiva, movidas por una inspiración más profunda y un más sólido saber.

Sin embargo, al volver, pues, la que he hecho, sin saber si acerté con la
sentencia, puede que entre la buena similitud, si alguna hubiera, haya lanzado
otras, muchas más, muchas o imprecisas, cuando no perniciosa.

En descargo del posible error, valga la buena voluntad que puso en mi

